

La autodestrucción de Europa

THOMAS FAZI :: 17/05/2025

Cuatro dimensiones interconectadas pueden ayudar a explicar la deriva de los líderes europeos: psicológica, política, estratégica y transatlántica

Hoy en día, la política europea puede resultar difícil de descifrar desde el exterior, y esto queda más claro que en la respuesta del continente a la evolución de la situación en Ucrania. Desde el resurgimiento político de Trump y su iniciativa de negociar el fin del conflicto ruso-ucraniano, los líderes europeos han actuado de maneras que parecen desafiar la lógica fundamental de las relaciones internacionales, particularmente el realismo, según el cual los Estados actúan principalmente para promover sus propios intereses estratégicos.

En lugar de apoyar los esfuerzos diplomáticos para poner fin a la guerra, los líderes europeos parecieron decididos a frustrar las propuestas de paz de Trump, socavar las negociaciones y prolongar el conflicto. Desde el punto de vista de los intereses fundamentales de Europa, esto no sólo es desconcertante, sino irracional.

La guerra en Ucrania, mejor descrita como un conflicto indirecto entre la OTAN y Rusia, ha infligido un daño económico inmenso a las industrias y familias europeas, incrementando dramáticamente los riesgos de seguridad en todo el continente. Se podría argumentar, por supuesto, que la participación de Europa en la guerra fue equivocada desde el principio, producto de la arrogancia y un error de cálculo estratégico, incluida la creencia errónea de que Rusia sufriría un rápido colapso económico y una derrota militar.

Pero sea cual sea la lógica detrás de la respuesta inicial de Europa a la guerra, se podría esperar que, a la luz de sus consecuencias, los líderes europeos aprovecharan con entusiasmo cualquier camino factible hacia la paz y, con él, la oportunidad de restablecer las relaciones diplomáticas y la cooperación económica con Rusia.

En cambio, reaccionaron con alarma ante la "amenaza" a la paz. Lejos de aprovechar la oportunidad, han redoblado sus esfuerzos: han prometido apoyo financiero y militar indefinido a Ucrania y han anunciado un plan de rearme sin precedentes que sugiere que Europa se está preparando para un enfrentamiento militarizado de largo plazo con Rusia, incluso en el caso de una solución negociada.

¿Cómo podemos darle sentido a esta postura aparentemente autodestructiva? Este comportamiento puede parecer irracional si se lo analiza a la luz de los intereses generales u objetivos de Europa, pero resulta más comprensible si se lo analiza a través de la lente de los intereses de sus dirigentes. Cuatro dimensiones interconectadas pueden ayudar a explicar su posición: psicológica, política, estratégica y transatlántica.

Desde una perspectiva psicológica, los dirigentes europeos se han distanciado cada vez más de la realidad. La creciente brecha entre sus expectativas iniciales y la trayectoria real de la guerra creó una especie de disonancia cognitiva, que los llevó a adoptar narrativas cada vez más delirantes, incluidos llamados alarmistas a prepararse para una guerra total con Rusia.

Esta desconexión no es meramente retórica; revela un malestar más profundo, a medida que su visión del mundo choca con hechos incómodos sobre el terreno.

La psicología también ofrece información sobre la reacción de Europa a Trump. En la medida en que Washington siempre ha visto a la OTAN como un medio para garantizar la subordinación estratégica de Europa, la amenaza del presidente de reducir los compromisos estadounidenses con la alianza podría representar una oportunidad para que Europa se redefina como un actor autónomo.

El problema es que Europa ha estado atrapada en una relación subordinada con EEUU durante tanto tiempo que, ahora que Trump amenaza con desestabilizar su histórica dependencia en materia de seguridad, es incapaz de aprovechar esta oportunidad; Más bien, está intentando replicar la agresiva política exterior de EEUU, para inconscientemente "convertirse" en EEUU.

Es por esto que, después de haber sacrificado voluntariamente sus intereses en el altar de la hegemonía estadounidense, ahora se presentan como los últimos defensores de las mismas políticas que los hicieron irrelevantes en primer lugar. No se trata tanto de una demostración de verdadera convicción como de un reflejo psicológico: un débil intento de ocultar la humillación de haber sido expuestos por su protector como meros vasallos, una farsa vacía de "autonomía".

Además de los aspectos psicológicos y simbólicos, también entran en juego cálculos más pragmáticos. Para la actual generación de líderes europeos, admitir el fracaso en Ucrania sería un suicidio político, especialmente considerando los inmensos costos económicos que soporta su propio pueblo. La guerra se ha convertido en una especie de justificación existencial de su gobierno. Sin ella, sus fracasos quedarían al descubierto.

En un momento en que los partidos establecidos están bajo una presión cada vez mayor por parte de movimientos y partidos "populistas", esta es una vulnerabilidad que no pueden permitirse.

Poner fin a la guerra también requeriría reconocer que la indiferencia de la OTAN hacia las preocupaciones de seguridad rusas contribuyó a desencadenar el conflicto, una medida que socavaría la narrativa dominante de la agresión rusa e implicaría los propios errores estratégicos de Europa.

Frente a estos dilemas, los dirigentes europeos han optado por consolidar su posición. El prolongado conflicto -y la continua postura hostil hacia Rusia- no sólo les proporciona un salvavidas político de corto plazo, sino que también sirve como pretexto para consolidar el poder en el país, reprimir el disenso y prevenir futuros desafíos políticos. Lo que superficialmente puede parecer una inconsistencia estratégica, al examinarlo más de cerca refleja un intento desesperado de gestionar la decadencia interna proyectando poder hacia el exterior.

A lo largo de la historia, los gobiernos a menudo han exagerado, inflado o incluso inventado amenazas externas con fines políticos internos: una estrategia que persigue múltiples objetivos, desde unir a la población y silenciar el disenso hasta justificar un mayor gasto

militar y la expansión del poder estatal. Esto ciertamente se aplica a lo que estamos presenciando actualmente en Europa.

En términos económicos, existe la esperanza de que una mayor producción de defensa pueda ayudar a revivir las anémicas economías de Europa: una forma cruda de keynesianismo militar. No es sorprendente, a este respecto, que el país que lidera la remilitarización sea Alemania, cuya economía ha sido la más afectada por la guerra en Ucrania.

Los planes de remilitarización de Europa sin duda serán una bendición para el complejo militar-industrial del continente, que ya está haciendo avances récord, pero es poco probable que lleguen a los ciudadanos europeos, especialmente porque un mayor gasto en defensa conducirá inevitablemente a recortes en otras áreas, como las pensiones, la atención sanitaria y los sistemas de seguridad social. Janan Ganesh, columnista del *Financial Times*, expresó la lógica subyacente: "Europa debe reducir su estado de bienestar para construir un estado de guerra".

Dicho esto, aunque los factores económicos sin duda juegan un papel, los objetivos reales del programa de rearme europeo probablemente no sean económicos sino políticos. En los últimos 15 años, la Unión Europea se ha convertido en un edificio cada vez más autoritario y antidemocrático. Especialmente bajo la presidencia de von der Leyen, la Comisión Europea ha aprovechado crisis tras crisis para aumentar su influencia en áreas que antes se consideraban responsabilidad de los gobiernos nacionales -desde los presupuestos financieros hasta la política sanitaria, desde los asuntos exteriores hasta la defensa-, en expensas del control democrático y la rendición de cuentas.

En los últimos tres años, Europa se ha militarizado cada vez más, ya que von der Leyen ha utilizado la crisis de Ucrania para liderar la respuesta de la UE, convirtiendo efectivamente a la Comisión, y a la UE en su conjunto, en un ala militar de la OTAN.

Ahora, bajo la égida de la "amenaza rusa", von der Leyen pretende acelerar drásticamente este proceso de centralización de la política de la Unión. Ya ha propuesto, por ejemplo, la compra colectiva de armas por parte de los estados miembros de la UE, siguiendo el mismo modelo "yo compro, tú pagas" utilizado para adquirir la vacuna contra la Covid-19. Esto daría efectivamente a la Comisión control sobre todo el complejo militar-industrial de los países de la UE, el último de una larga lista de golpes institucionales liderados desde Bruselas.

No se trata sólo de aumentar la producción de armas. Bruselas está llevando a cabo una militarización integral y social. Esta ambición se refleja en la aplicación cada vez más rigurosa de la política exterior de la UE y la OTAN: desde las amenazas y presiones utilizadas para obligar a líderes no alineados como Viktor Orbán en Hungría y Roberto Fico en Eslovaquia a cumplir las reglas, hasta la prohibición de candidatos políticos críticos con la UE y la OTAN, como se vio en Rumania.

En los próximos años, este enfoque militarizado se convertirá en el paradigma dominante en Europa, ya que todas las esferas de la vida (política, económica, social, cultural y científica) quedarán subordinadas al supuesto objetivo de la seguridad nacional, o más bien

supranacional.

Esto se utilizará para justificar políticas cada vez más represivas y autoritarias, con la amenaza de la "interferencia rusa" invocada como pretexto general para todo, desde la censura en línea hasta la suspensión de las libertades civiles básicas, además, por supuesto, la mayor centralización y verticalización de la autoridad de la UE, especialmente a la luz de la inevitable reacción que estas políticas seguramente generarán. En otras palabras, la "amenaza rusa" servirá como un último intento desesperado para salvar el proyecto de la UE.

Por último, está la dimensión transatlántica. Sería un error ver la actual ruptura transatlántica únicamente a través de la lente de los intereses divergentes de los líderes europeos y estadounidenses. Más allá de estas diferencias, puede que haya dinámicas más profundas en juego.

No es descabellado suponer que los europeos podrían, en algún nivel, coordinarse con el establishment democrático estadounidense y la facción liberal-globalista del Estado permanente estadounidense -la red de intereses arraigados que abarca la burocracia estadounidense, el Estado de seguridad y el complejo militar-industrial. Estas redes, que siguen activas a pesar de la "guerra contra el estado profundo" declarada por Trump, tienen un interés compartido en descarrilar las conversaciones de paz y socavar la presidencia de Trump.

En otras palabras, lo que en la superficie parece un choque entre Europa y EEUU puede ser en realidad, en un sentido más profundo, una lucha entre diferentes facciones del imperio estadounidense -y, en gran medida, dentro del propio establishment estadounidense- librada a través de representantes europeos. Después de todo, muchos de los líderes europeos actuales tienen fuertes vínculos con estas redes.

EEUU, por supuesto, tiene una larga historia de influencia política en Europa. A lo largo de las décadas, han construido fuertes vínculos institucionales con los aparatos estatales de los países de Europa occidental, en particular entre sus servicios de defensa e inteligencia.

Además, el establishment estadounidense ejerce una influencia considerable en el debate público europeo a través de los principales medios de comunicación y centros de estudios en lengua inglesa. Estos think tanks, como el German Marshall Fund, el National Endowment for Democracy, el Council on Foreign Relations y el Atlantic Council, ayudan a dar forma a las narrativas políticas que dominan la sociedad europea y hoy están a la vanguardia de la promoción de la idea de que "ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo".

Sus orígenes se remontan a la Guerra Fría, cuando EEUU promovió activamente la integración europea como baluarte contra la Unión Soviética. En otras palabras, la UE, especialmente en sus primeras etapas, siempre ha estado ligada al atlantismo, y esto sólo se ha intensificado después de la Guerra Fría. Por esta razón, el establishment tecnocrático de la UE -en particular la Comisión Europea- ha estado históricamente más alineado con EEUU que los gobiernos nacionales europeos.

Ursula von der Leyen, apodada "la presidenta estadounidense de Europa", es un brillante

ejemplo de esta alineación, incansablemente comprometida con mantener las restricciones de la UE a la agresiva estrategia geopolítica de EEUU, particularmente con respecto a Rusia y Ucrania.

Un instrumento clave de esta alianza siempre ha sido la OTAN, que hoy desempeña un papel clave a la hora de contrarrestar los intentos de Trump de cambiar la actitud de EEUU hacia Rusia. En este contexto, la posición de Europa, aunque aparentemente dirigida a Trump, surge del reconocimiento de que algunos elementos dentro de la clase dominante estadounidense se oponen firmemente a las propuestas de Trump hacia Putin, albergan una profunda animosidad hacia Rusia y ven las amenazas del Presidente de retirarse de la OTAN y socavar otros pilares del orden de posguerra como un desafío estratégico a los sistemas que han sostenido la hegemonía estadounidense durante décadas.

Esta conexión tal vez podría explicar las políticas "irracionales" de algunos líderes europeos, al menos desde el punto de vista de los intereses objetivos de Europa: primero, su apoyo ciego a la guerra por poderes liderada por EEUU en Ucrania, y ahora su insistencia en continuar la guerra a cualquier precio.

Según esta narrativa, los objetivos del establishment transatlántico parecen bastante claros: demonizar a Trump, pintándolo como un "colaborador de Putin"; y avivar la ansiedad europea sobre su vulnerabilidad militar, incluso inflando la amenaza rusa, con el fin de empujar a la opinión pública a aceptar un mayor gasto de defensa y la continuación de la guerra durante el mayor tiempo posible.

Ninguno de los dos bandos en esta guerra civil transatlántica tiene realmente en cuenta los intereses de Europa. El equipo de Trump ve a Europa como un rival económico; el propio Trump ha criticado repetidamente a la UE como una "atrocidad" diseñada para "joder" a EEUU, y ahora está considerando imponer fuertes aranceles a Europa. Por otra parte, la facción liberal-globalista considera a Europa un frente crítico en la guerra por poderes contra Rusia.

En este contexto, un escenario en el que los europeos prolonguen la guerra en Ucrania -al menos en el corto plazo- podría verse como un compromiso entre ambas partes. EEUU podría salir del atolladero ucraniano mientras busca un acercamiento con Rusia y desplaza su atención hacia China y la región de Asia y el Pacífico, al tiempo que atribuye la culpa del fracaso en alcanzar la paz a Zelensky y los europeos.

Mientras tanto, la continua participación de Europa en la guerra asegura su continua separación económica y geopolítica de Rusia y fortalece su dependencia económica de los EEUU, especialmente en el contexto del creciente gasto de defensa, gran parte del cual fluiría al complejo militar-industrial estadounidense. Al mismo tiempo, los representantes europeos del establishment liberal-globalista seguirían utilizando la amenaza rusa para consolidar su propio poder.

En general, esta solución podría considerarse aceptable para ambas partes. En otras palabras, como lo ha sugerido el investigador geopolítico Brian Berletic, lo que a menudo se presenta en los medios como una "ruptura transatlántica" sin precedentes puede, en realidad, ser más bien una "división del trabajo" en la que los europeos mantienen la presión

sobre Rusia mientras EEUU dirige su atención a China.

Este análisis revela la imagen de una clase política europea sumida en una profunda crisis de legitimidad, atrapada entre presiones externas y decadencia interna. Lejos de actuar en función de los intereses racionales y estratégicos de sus naciones, los dirigentes europeos parecen cada vez más sujetos a las estructuras de poder transatlánticas, a los imperativos políticos internos y a los reflejos psicológicos moldeados por décadas de dependencia y negación. Su respuesta a la guerra en Ucrania -y a la renovada presencia de Trump en el escenario global- refleja más un intento frenético de preservar un orden que se desmorona por cualquier medio necesario que una estrategia geopolítica coherente.

En este contexto, las acciones de Europa no son simplemente equivocadas; Son sintomáticos de una disfunción más profunda en el corazón del propio proyecto de la UE.

La militarización de la sociedad, la erosión de las normas democráticas, la consolidación del poder tecnocrático y la represión del disenso no son medidas temporarias de guerra: son los contornos de un nuevo paradigma político, nacido del miedo, la dependencia y la inercia institucional.

Enmascarados en el lenguaje de la seguridad y los valores, los líderes europeos no están defendiendo el continente, sino consolidando su subordinación, tanto a la hegemonía en declive de Washington como a sus propios regímenes en declive.

observatoriocrisis.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-autodestruccion-de-europa>